

cruéles preparativos: testigos innecesarios de aquel acto horrible, holgazanes unos, vengativos otros, abren desmesuradamente sus ojos para verlo mejor, y no perder ningun detalle (1). Quisieran tener aun mas ojos para ver mas y mejor. Los que están detrás se alzan sobre las puntas de los piés y se apoyan sobre los hombros de los delanteros. El desden, el sarcasmo, la ira comprimida, el odio reconcentrado, el orgullo vengativo, la crueldad, la estupidez, la hipocresía se ven retratados sobre los rostros de los que forman el abominable corro, que entonces como ahora se agolpa brutalmente á presenciar las ejecuciones, para ver correr sangre de hombre con cierta especie de afanosa ferocidad é inexplicable deleite. María no vió estos horribles preparativos ni oyó las burlas sangrientas. El apóstol Juan que no la abandonaba, María la rica señora del castillo de Magdalo, la del corazon ferviente, María Cleofás, María Salomé, madre de Juan, antes orgullosa, ahora bien humilde, las piadosas mujeres de Nazareth, de Jerusalem y de otras partes, que planían á Jesus en la subida al Calvario, se habian retirado á un lado, y se ponian cariñosas delante de María para que no viese, para que oyera menos (2). Jesus clavadas las manos en el travesaño es izado á lo alto del madero y sujetando á este sus piés son clavados como sus manos (3). Denuestos, silbidos, insultos, infame rechifla acoge su elevacion:—«Bájate si puedes... haz ahora milagros... ven, ven á destruir el templo... llama, llama á tu Padre para que venga á librarte.» Hoy acompañan á los reos de muerte la tristeza, la caridad, el respeto debido á la humanidad doliente, pero en la muerte de Jesus no hubo ese lúgubre aparato: la rabia de los que gritaban:—«¡caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» necesitaba saciar su saña cruenta y añadir á la muerte los desahogos de la mas baja venganza. Satisfechos estos instintos feroces abandonan el ajusticiado á su negra suerte: quizá tardará en morir, avanza la tarde y no es cosa de esperar allí. Despéjase el círculo: los curiosos y los vengativos van dejando el monte, y entonces la piadosa comitiva se acerca al madero ya santificado de la Cruz.

«Y estaban cerca de la Cruz de Jesus su Madre y la hermana (prima) de su Madre, María, mujer de Cleofás y María Magdalena. Y habiendo visto Jesus á su Madre, y al discípulo á quien amaba, que estaba tambien allí, dijo á su Madre:—Mujer, ve ahí á tu

(1) Que era mucha la canalla que seguía á Jesus lo expresa San Lucas, *sequebatur multa turba*.

Por lo que sucede ahora en la avidez con que el populacho asiste á las ejecuciones, como á las corridas de toros, y no solamente el populacho sino la aristocracia dengosa, tan estúpida como la canalla, se infiere lo que pasaria entonces. Los hombres tenían entonces las mismas pasiones y los mismos vicios que ahora.

(2) San Mateo dice (cap. XXVII, v. 55): *Erant autem ibi mulieres multe à longe, que secute erant Jesum à Galilea*.

Esta narracion pugna con la de San Juan que las pone al pié de la Cruz y no á lo lejos, *juxta Crucem*, si no se distinguiéran los dos periodos de la crucifixion, durante la cual estuvieron alejadas, y de la última hora, en que habiéndose marchado la turba, pudieron la Virgen, San Juan, la Magdalena y demás acercarse á la Cruz.

(3) Sobre la crucifixion y sus formas discuten mucho los arqueólogos: algunos de ellos por supuesto, racionalistas, pretenden probar que la narracion del Evangelio no está conforme con las prácticas romanas. Estas eran tan varias, segun los países, los tiempos y el capricho de los ejecutores, que los mismos criticos varian segun el texto que quieren hacer prevalecer. Niegan otros que en la crucifixion se usaran clavos. ¿Hemos de creerlos mejor que á San Juan, testigo de vista? Santo Tomás Apóstol dice:—No creeré en su resurreccion si no veo en sus manos los agujeros de los clavos (*in manibus ejus fixuram clavorum*.) (capítulo XX, versículo 25.)

hijo. Después dijo al discípulo:—Ve ahí á tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya (1). Así refiere San Juan este lúgubre, tierno y último pasaje, como testigo presencial, como narrador de un asunto suyo personal.

Después de humedecer su boca reseca por la fiebre y la pérdida de mucha sangre (2), á las tres horas de estar crucificado, y á lo que ya declinaba hácia su ocaso el sol eclipsado extrañamente, Jesús pronuncia sus últimas palabras ¡Se acabó! (*Consummatum est*): entonces inclinando su cabeza sobre el pecho lanza un hondo suspiro y entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre. El género humano queda salvado: la promesa consoladora de Dios al primer hombre queda cumplida. María inocente paga la curiosidad indiscreta de la mujer primera ¡y cuán cara!

Mil y mil plumas elocuentes han descrito con patéticas frases, con los mas vivos colores, las angustias de María en el doloroso y horrible trance de la muerte de Jesús, pasaje mas á propósito para sentido que para ser descrito. ¡Tanto y tanto es lo que sobre él á la imaginación se agolpa! Hace mas de mil ochocientos años que las almas puras meditan sobre él y lo contemplan y nunca dejan tan piadosa tarea de la que sacan nuevas y vivas observaciones, que las enfervorizan mas y mas en el amor divino. Á la manera que el pintor pagano cubrió con un velo el rostro del padre que asistía al sacrificio de su hija, no atreviéndose á expresar en su fisonomía el dolor paternal, vale mas renunciar á las palabras que se agolpan á la imaginación sobre este asunto y llamar á las almas á meditar mas bien que á leer, á estudiar las ideas propias mejor que á repasar las ajenas. Pero hay dos frases de dos Santos Padres, que se repiten generalmente por todos los escritores y que no pueden ni deben por tanto quedar omitidas.

San Basilio dice:—La Virgen María excedió en sufrimiento á todos los Mártires cuanto excede el sol á los demás astros. San Anselmo añade:—Todas las crueldades que se hicieron con los cuerpos de los Mártires son cosa liviana y casi nada en comparación de lo que pasasteis Vos en la pasión de Jesús, ¡oh Virgen María! (3) Y la razón es obvia: en proporción que una persona es inocente, pura y discreta, sus sentimientos son también mas finos y mas puros, y penetran por tanto mas en el alma, cuanto esta es mas pura y el sentimiento mas fino, á la manera que el cuchillo agudo penetra mas que el embotado. Los sentimientos y aficiones carnales y mundanas embotan el espíritu; la pureza, la discreción y la inocencia los afinan. ¿Cuáles debían ser por tanto los de aquella Virgen purísima y sin mancilla, ni venial ni original, inocente hasta ser impecable, discre-

(1) San Juan, cap. XIX, v. 25.

(2) San Vicente Ferrer pone en boca de la Virgen una frase tiernísima al oír á su Hijo decir que tiene sed (*sitis*). ¡Hijo mio, no tengo agua sino de lágrimas! *Fili, non habeo nisi aquam lacrymarum*. Lo cita San Ligorio, ap. Bald. pág. 456.

(3) *Virgo univērsos Martyres tantum excedit, quantum sol ad reliqua astra*. (San Basilio.)
Quidquid crudelitatis inflictum est corporibus Martyrum leve fuit aut potius nihil comparatione tue passionis. San Anselmo, *De excol. Virg.* cap. V.

Cita Orsini ambos textos. San Ligorio aduce, además de estos, una multitud de otros varios en el discurso IX acerca de los Dolores de María, el cual lleva por epigrafe:—«María fué la Reina de los Mártires.»



LA CRUCIFIXION

ta y sabia sobre todos los Doctores? Y perdía un Hijo que era Dios á la vez, y moría asesinado jurídicamente, blasfemado, escarnecido, y el martirio de Él era el de la Madre, y al gritar el moribundo con voz vibrante (1) ¡Se acabó! (*Consummatum est*) pudo tambien decir ella con lánguido suspiro:—Sí, ¡ya se acabó! ¡tambien para Mí se acabó todo!

La Iglesia tiene una poesía tan tierna como patética para pintar este dolor: su ritmo es sencillo y lánguido, y la música casi monótona con que lo acompaña, parece el arrullo de la nodriza que trata de adormecer al niño enfermo. Y con todo, esta música es la misma de la del terrible ¡*Dies iræ!* Pero ¡qué efecto tan distinto! Cuando el cantor dice con voz hueca y vibrante

*Tuba mirum sparget sonum
per sepulchra regionum...*

el corazon se oprime; parece que se oye la terrible trompeta, que amedrentaba la poética imaginacion de San Jerónimo. Pero cuando el coro con voz doliente y plañidera entona

*Stabat Mater dolorosa
Juxta Crucem lacrymosa*

un sentimiento de ternura vaga é indefinible hace que marche uno hácia el Calvario, y venga allí y se coloque detrás del piadoso grupo, como quien llega tarde, y despues de mirar á Jesus ya difunto, dirija en silencio sus miradas hacia aquella Madre allí desfallecida, casi moribunda, víctima de su dolor sombrío. ¿Quién puede entonces contener sus lágrimas al ver á la Madre del Salvador en tanto suplicio? Al ver que tuvo que presenciar la muerte de su Hijo dulcísimo, y su desolacion al escuchar su último suspiro

Allí vió á su dulce Hijo
Desolado y moribundo
Cuando su alma rindió (2).

Pero el espíritu del catolicismo y de la Iglesia es altamente práctico: no quiere vanas teorías, que nada sirven y á nada se aplican. La Fe, mucha Fe, pero con obras y buenas obras, que *obras son amores*. ¿De qué sirven lágrimas gruesas, hondos suspiros que pasan al punto y nada dejan, ni enmienda, ni dolor, ni arrepentimiento, ni humildad, ni reforma? Semejantes son á esas tempestades de verano, en que de pronto asoma una nube ligera, caen unos gruesos gotarrones, que absorbe la tierra al minuto, pasa la nube y luego sobreviene un calor aun mas pesado y sofocante. Por eso en esta secuencia, en vez de continuar entonando lúgubres endechas y frases de dolor, hace que nos volvamos á la Reina de los Mártires diciéndola cariñosamente:—¡Ea, Madre Santa del amor santo y del amor mas puro, del cual sois manantial abundante, dadme que lllore con Vos compartiendo

(1) *Et clamans voce magna Jesus ait...* (San Juan, cap. XXIII, v. 46.)

(2) *Vidit suum dulcem Natum.....*

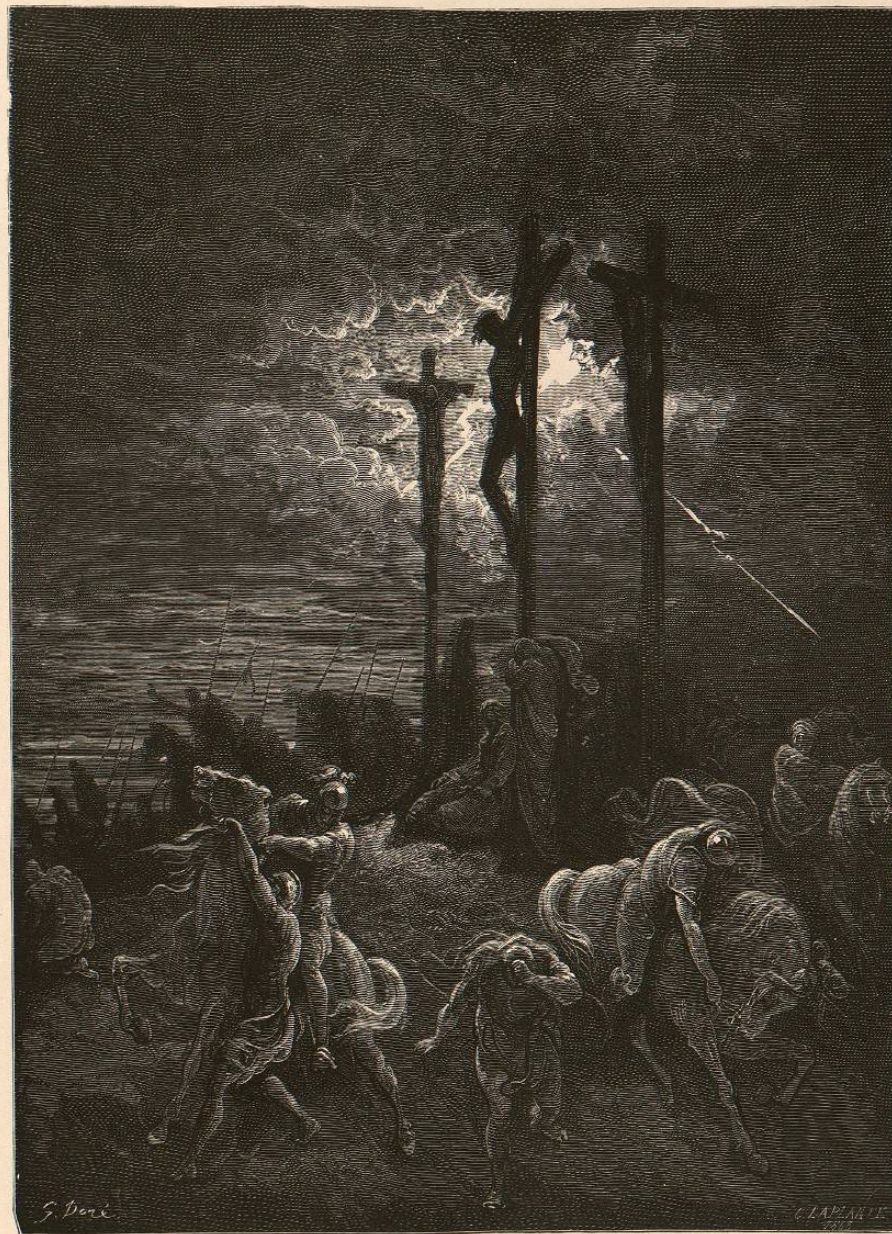
vuestro dolor en toda su fuerza é intensidad; pero haced al mismo tiempo que arda mi corazón en el amor santo de Jesus vuestro Hijo, para complacerle aquí, utilizando los méritos de su Pasion santa y dolorosa muerte, agradándole, complaciéndole siempre y para siempre! Y en pos de esto lanza en nueve estrofas otros nueve conceptos análogos, y concluye con un gemido de dolor volviendo la vista al último y amargo trance por que todos hemos de pasar.—Señor, Vos muristeis y yo tambien tengo que morir: quiero acostumbrarme ahora á ese triste momento para sentirlo menos y en vuestra muerte contemplar la mia. Sea esta en expiacion de mis culpas, que tan caras os costaron. No sean vuestras penas estériles para mí, antes bien llevadme desde el lecho del dolor al paraíso de la gloria, como llevasteis al ladron que padecia junto á Vos, el cual arrepentido de sus crímenes no blasfemó de vuestro santo nombre.

Quando mi cuerpo muriere
Haz que el ánima gloriosa
Al paraíso gozosa
Pueda el vuelo remontar (1).

Faltaba á María otro dolor, de esos dolores que llevan consigo algun consuelo, pero en los cuales se duda si mitigan el dolor ó lo exacerban. La madre que ve morir á su hijo querido de una de esas enfermedades en que falta la respiracion, oprimida la garganta, como si la mano de la muerte inexorable fuera agarrotando lentamente al niño que se ahoga, que se agita y lanza apenas un silbido angustioso y de agonía, llega á desear la muerte de su hijo, una vez perdida la esperanza. María habia podido abrigar alguna de que su Hijo no muriese. Los de Nazareth habian querido asesinarle, y le habian llevado á la cúspide del monte, pero él habia pasado por medio de ellos, y el asesinato no se consumó. Otra vez en Jerusalem quisieron apedrearle por blasfemo. Quizá fuese ahora lo mismo, y aunque preso, y azotado, y escarnecido pudiera ser que no estuviese decretado que llegase á sufrir la última ignominia humana, la muerte y muerte en afrentoso patíbulo. Mas esa esperanza se habia desvanecido, y al ver los horribles sufrimientos de que era víctima, si no llegó á desear la muerte de su Hijo, porque no podia desearla, por lo menos padeció menos al ver que habia espirado. Ya Jesus no sufría: ella sufría por los dos. ¡Triste consuelo!

Los dos bandidos respiraban aun. Lo mas horrible en el suplicio de cruz era el largo tiempo que duraba, pues á veces tardaban los reos en morir dos y tres dias: las aves de rapiña, cerniéndose en pesados giros sobre las cabezas de los reos moribundos, olfateaban su presa, lanzaban chillidos de impaciencia, y redoblando su osadía en proporcion de la forzada inercia se arrojaban sobre ellos, picaban sus ojos y se cebaban en sus carnes todavía vivas y palpitantes. Por misericordia se tenia el acelerar su muerte, y así lo hicieron

(1) Quando corpus moritur.....



TINIEBLAS QUE SUCEDIERON A LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

los sayones con los dos bandidos. Al ver muerto á Jesus no destrozaron su cuerpo. La lanza de un pretoriano abrió el costado de aquel, para asegurarse de su muerte. El corazón de la Madre sufrió á la vez el golpe y el ultraje, ya que el cadáver de su Hijo no sentía ningun dolor (1).

El cadáver se bamboleó en la cruz: en aquel momento se oscureció aun mas el sol asaltado por extraordinario y repentino eclipse, las aves volaron para ocultarse, la tierra se estremeció con extrañas convulsiones, los montes se desgajaron, y algunas montañas se hendieron cual si penetrara en su seno un cuchillo (2). Los curiosos insolentes que aun no se habian retirado del Calvario sintieron pavor, se estremecieron con tardío arrepentimiento, y bajaron del monte convirtiéndose en susto la saña con que lo habian subido. Todos reconocian la divinidad del que acababa de morir, dejándose matar, menos los escribas y fariseos, sus asesinos, representantes de los políticos y los sofistas. El orgullo político y la pedantería científica son difíciles de curar: rara vez reconocen su error. Los fugitivos tropezaron en el camino con un caballero que subia presuroso seguido de unos esclavos cargados de mixturas y aromas para embalsamar. Era Nicodemus, el discípulo oculto. Este en union de otro caballero de Arimatea, llamado Josef, que traia licencia de Pilatos para tomar el cadáver y sepultarlo, descolgó el cuerpo de Jesus á vista de María, la cual lo recibió en sus brazos y lo estrechó contra su seno.

«Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos; ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente contra su pecho, mete su cara entre las espigas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.—¡Oh dulce Madre! ¿es ese por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ese el que concebisteis con tanta gloria y paristeis con tanta alegría? ¿Pues qué se hicieron vuestros gozos pasados?....

»Hijo, antes de ahora descanso mio, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificaran? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tan buenas obras? ¿Este es el premio que se da á la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina?....

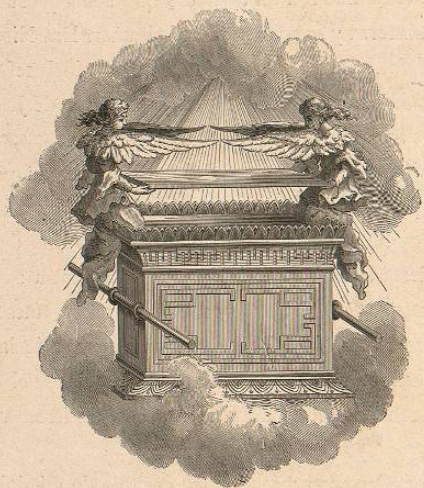
»Oh dulcísimo Hijo, ¿qué haré sin tí? ¡Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía! Ahora quedo como huérfana sin Padre, viuda sin Esposo,

(1) *Divisit Christus cum Matre sua hujus vulneris poenam, ut ipse injuriam acciperet, Mater dolorem.* Lanspergio citado por San Ligorio en el 5.º dolor de María, pág. 439 de la traduccion española.

(2) La tradicion supone que entonces fué cuando se disgregaron los conos de la montaña de Montserrat. En Gaeta y en otras partes donde se presentan asimismo disgregaciones extraordinarias en algunas montañas, se cree que sean de aquel momento, como asimismo la profunda hendidura que se nota todavia en el Santo Sepulcro, cerca del sitio donde estuvo la Cruz.

y sola sin tal Maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré mas entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicaciones del Evangelio. Ya no limpiaré mas el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré mas asentado á mi mesa, comiendo y dando de comer á mi ánima con tu divina presencia. Fencida es ya mi gloria, hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad (1).....»

(1) Renunciamos á copiar los restantes hermosos párrafos que nuestro elocuente cuanto venerable clásico pone en boca de la Virgen María. (Granada: Libro de la oracion y meditacion: cap. para el sábado por la mañana.)



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ